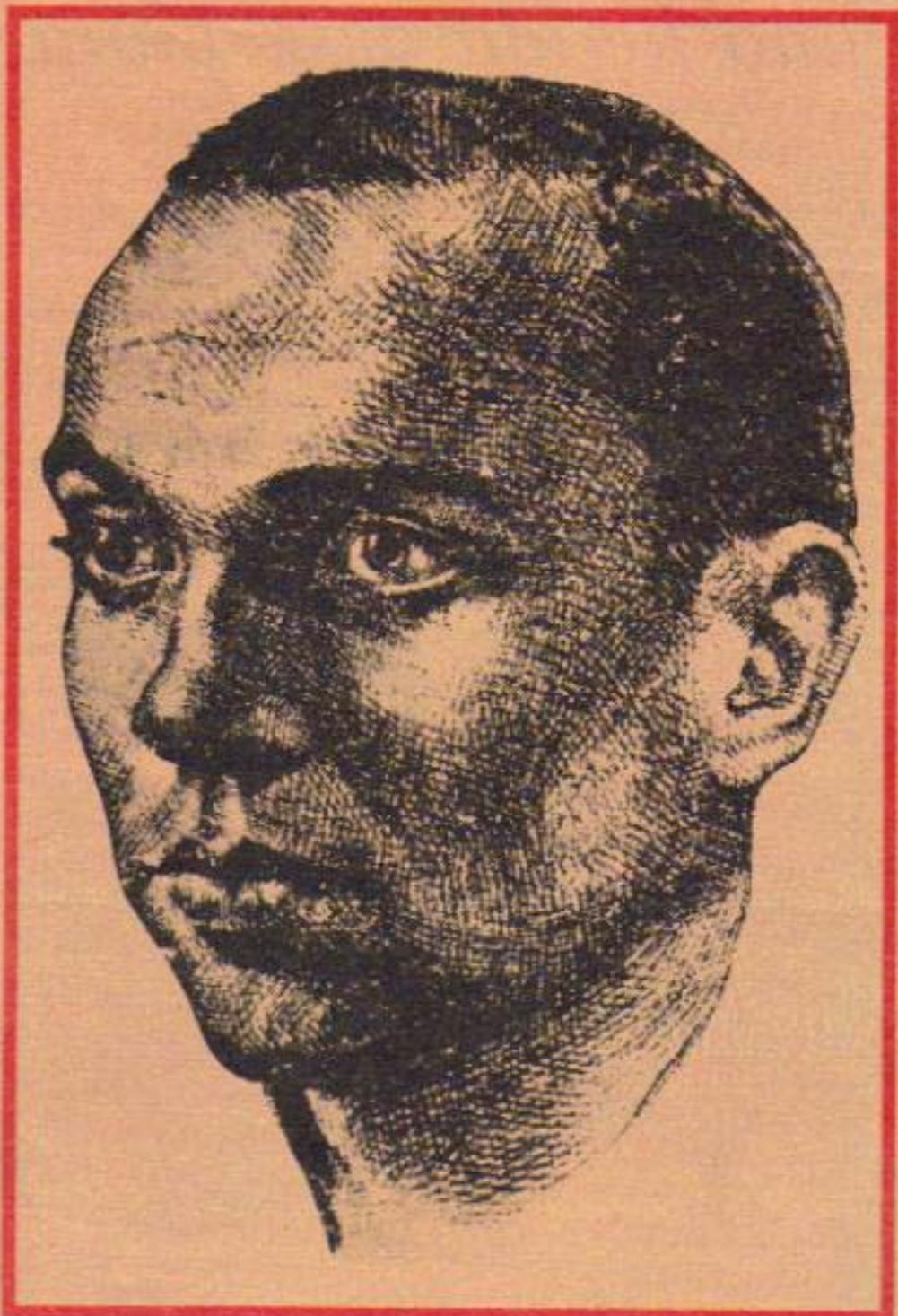


LOS DOMINGOS
DE ABC

Separata especial



Miguel Hernández

en el 35 aniversario de su muerte

Miguel Hernández, una herida de España

Por J. L. MARTÍN DESCALZO

—Dos días antes de morir, entré a ver a Miguel con el niño y su hermana. Nos pidieron que le llevaran al sanatorio. El doctor Barbero me dijo que ya no tenía remedio y, además, hubo dificultad para conseguir una ambulancia. Al día siguiente no me llevé al niño. Con lágrimas que le corrían por las mejillas, me dijo varias veces: Te lo tenías que haber traído. Te lo tenías que haber traído. Tanta la romería de la muerte. Yo te llevé los pies y los tenías fríos y con rodillas negras. Volví a visitarle al día siguiente y, al poner la bolsa de comida en la taquilla, me la rechazaron mirándome a los ojos. Era el día 28 de marzo, sábado, víspera del Domingo de Ramos. Sobre las seis de la tarde fue el entierro. Iba un ataúd sobre el coche de caballos y no llevaba ninguna corona. Solo íbamos acompañándole, en una tartana, cinco personas: su hermana Elvira, una vecina, que se llamaba Consuelo, Miguel Abad, Ricardo Fuentes y yo. A las diez de la mañana del día siguiente se le dio sepultura.

Hace treinta y cinco años que ocurrieron estas cosas —que tiempo más tarde contaría Rosalía Méndez— y esa herida sigue abierto en la carne de España. Aquel hombre a quien sólo tres muchachas consiguieron sus familiares liberar de la tumba común era uno de los poetas más importantes que jamás ha tenido España, tal vez el que ha poseído dotes creadoras más asombrosas en toda nuestra historia literaria; un titán de la imaginación que nadie sabe donde habrá podido llegar si el viento de la crueldad no hubiese roto su vida a los treinta y un años. Aquella muerte solitaria y esta otra segunda muerte de tantos años de olvido y de

silencio son hoy el símbolo más cruel de la tragedia que España —partida en dos pedazos— ha vivido. Y la más grave lección para el futuro.

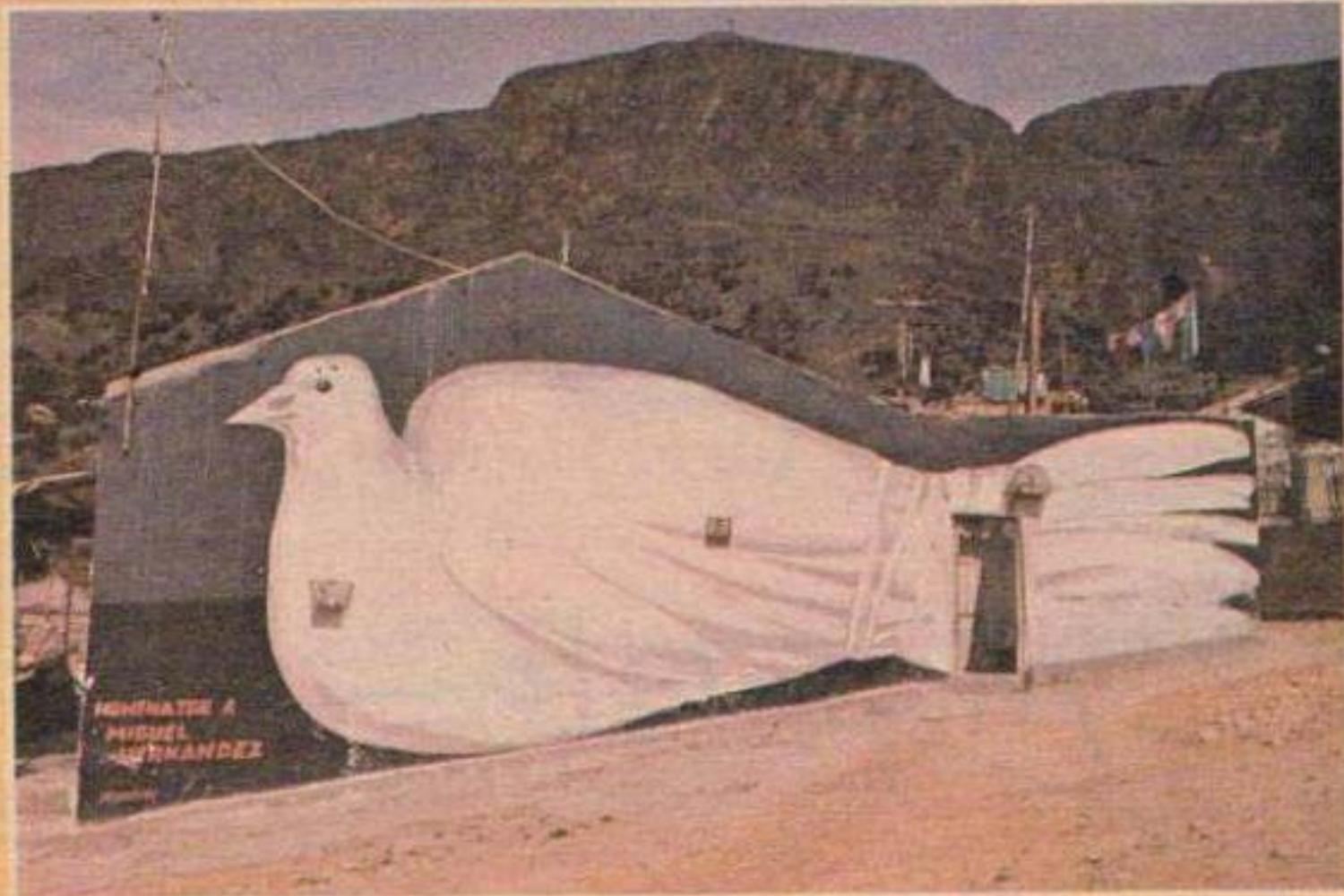
Hambre: primera lección

La infancia de Miguel se inscribe bajo el signo del hambre, de los gritos de un padre violento, de la marginación de los huérfanos.

El hambre es el primera de los conocimientos. Tener hambre es la cosa primera que se aprende. Y la ferocidad de nuestros sentimientos allí donde el estómago se origina, se acuerda.

El poeta ha nacido entre cabras, ha vendido leche por las casas, ha menguado cultura. —Lea —contará uno de sus hermanos— sobre todo por la noche, cuando estabábanos acostados, en la habitación que ocupábamos, que daba al corral. A veces le sorprendía mi padre y se levantaba para apagar la luz. Entonces sucedían escenas terribles, que nos dejaban asombrados.

A Miguel Hernández la letra no le entró con sangre, pero le costó sangre, golpes, dolor. ¿Cómo pudo, a pesar de todo, mantener su rabiosa fe en los libros? ¿Cómo no se convirtió en un amargado y resentido? Son preguntas que aún no encuentran otra res-



En el barrio alto de San Isidro, el más modesto barrio de Orihuela, los pintores en mayo del pasado año llenaron las casas de murales como éste... Sus habitantes no las han encalado. Sienten al poeta.



Este es el mural que Alcorlo pinta como homenaje a Miguel Hernández.

puesta que el asombro. Aquel muchacho terco lucha contra viento y marea hasta adquirir un admirable conocimiento de clásicos y modernos, gracias probablemente a sus incomparables dotes de asimilación. Porque Miguel no sería nunca el poeta inculto que románticamente se nos ha querido pintar: su cultura se hizo cuesta arriba, pero llegó a cotas altísimas.

En la biblioteca de don Luis Almarza —vicio de Orihuela entonces y obispo de León más tarde— iba a encontrar su refugio de empedernido lector. En ella devoraría a los clásicos y adquiriría esa base que suele faltar a tantos escritorillos que no tienen más pasado literario que los autores del último siglo. Y de aquellas lecturas saldría el gongorismo de su primer libro y el dramático quevedismo de sus horas más altas. Y en el mismo canónigo encontraría el inicial mecenazgo que —con cuatrocientas veinticinco pesetas de las de entonces— pagaría la primera edición —trescientos ejemplares— de esa joya del gongorismo que es «Perito en lunas».

Empezaba a quedar lejos aquella infancia amarga que no logró corromper aquel alma tan terriblemente viva. Sólo quedaría de ella una mancha tristeza y la capacidad de comprensión para el dolor de todos los humillados:

Por el cinco de enero
cada enero ponía
mi calzado cabrero
a la ventana triza.

Nunca tuve zapatos,
ni trajes, ni palabras,
siempre luce regalos,
siempre penas y cabras.

La llegada de un vertiginoso amor

La publicación de aquel primer libro no abriría grandes horizontes humanos a Miguel Hernández. Su primer viaje a Madrid le hace conocer la hostilidad con que la gran ciudad recibe al principiante. Al desconocimiento se une la pobreza. Y el poeta rueda por la ciudad —con estos zapatos, los únicos y zotos y llenos de agujeros. Si hubiese tenido al menos quince céntimos —se queja en una de sus cartas— hubiera evitado la distancia desde la estación a casa—.

Luego llega el amor, un trémendo y volcánico amor que difícilmente una mujer hubiera sido capaz de merecer y saciar. En «El rayo que no cesa» estalla Miguel Hernández como el mejor sonetista de nuestro siglo, y quizás el mejor de nuestra historia, junto a Quevedo. Ahora su poesía consigue esa fusión casi milagrosa entre instinto y técnica, entre pasión y sabiduría, expresado todo con una potencia imaginativa digna de Neruda. Es un amor que va a la vez dulzura y destrucción (*«un cuchillo de ala dulce y homicida»*), un amor que exalta y enturba. Miguel Hernández se presenta aquí, en definición de Vivesco, como un místico de las realidades corporales o de ese doble oscuro de la sangre de que habla Lawrence. Su poesía se puebla de palabras apasionadas, de metáforas desbordantes, a veces de un feroz realismo:

Como el toro he nacido para el luto
y el dolor, como el toro estoy marcado
por un hierro infernal en el costado
y por varón en la ingle con un trazo.

Como el toro lo encuentra diminuto
todo mi corazón desmesurado,
y del rostro del beso enamorado
como el toro a tu amor se lo disputa.

Como el toro me crezco en el castigo,
la lengua en corazón tengo bañada
y llevo al cuello un vendaval sonoro.

Como el toro te sigo y te persigo,
y dejas mi deseo en una espada,
como el toro burlado, como el toro.

Es este «corazón desmesurado» en el que tiene bañada su lengua, lo que estalla en todos sus versos, como un árbol de sangre que se desborda en la palabra.

El topetazo con la guerra

Y ya está preparado el poeta para dos encuentros que resultarán para él vertiginosos. El primero con dos poetas —Alexandre y

Neruda— que abrirán su mundo interior a dimensiones poéticas que apenas ha intuido. Y, sobre todo, el segundo encuentro —más topetazo que encuentro— con la realidad sangrante de la guerra.

Miguel no es un hombre de partido, pero tiene decididamente hecha su adhesión por los humildes. «Tienes que llegar a comprender que con la guerra que nos han traído no defendemos más que el porvenir de los hijos que tenemos que tener —grita en una de sus cartas—. Yo no quiero que esos hijos nuestros pasen las penalidades, las humillaciones y las privaciones que nosotros hemos pasado, y no solamente nuestros hijos, sino todos los hijos del mundo que vengan... A tus hijos, a mis hijos, les enseñare a trabajar, si, porque el trabajo es lo más digno del hombre, pero a trabajar con alegría y sin amarlos que los hagan sufrir con insultos y atrocidades».

Miguel no lucha por una idea política, tuvo por la justicia y contra la miseria, por el trabajo y contra la opresión, quiere que *todas sus fuerzas se pongan a disposición de la España de los pobres*. Esa, y no otra, es su trinchera moral.

Probablemente por eso Miguel Hernández —que había hecho antes una magnífica y sincerosa poesía religiosa y una apasionada y verdadera poesía amorosa— será ahora uno de los pocos poetas que han podido hacer poesía política sin que por ello su presencia plantea un solo quiebre. Miguel Hernández no es —como señala con justicia Andrés Sorel— un «propagandista», no se vende ni siquiera a la causa por la que combate, sus muertos no tienen color ni están inscritos en un campo concreto, no es aprieta saber a qué bando pertenece ese tren de presos que cruza fulgurantemente por su poesía.

A la luz de este dolor escribe dos libros invadidos de un llanto sereno a la vez que desgarrado:

Me quiero distraer de tanta herida.
Me da cada mañana
con decisión más firme
la desaliada pena
de cantar, de llorar y de morirme.

Rodando de cárcel en cárcel

Eos dos libros —*Viento del pueblo* y *en memredo*— El hombre acecha— serán protagonistas de la última parte de su vida, de su desolado rodar de cárcel en cárcel: Huelva, Sevilla, Torrijos, Orihuela, Madrid... Hay un momento en que aparece una esperanza. Liberado en Orihuela, el soplo de una suave conciencia volverá a encerrarse en su cárcel. «No me perdonarán nunca los señores —escribe— que haya puesto mi poca o mi mucha inteligencia, mi poco o mucho corazón, al servicio del pueblo de una manera franca y noble. Ellos preferirían que fuera un sínvergüenza. Ni lo han conseguido, ni lo conseguirán».

En 1940 llega primero la condonación a muerte, y luego la conmutación a treinta años, por ser «escritor y poeta de la revolución». Algunos amigos poetas que han militado en el otro campo le aseguran la libertad sólo con que formule una verdadera o fingida «retracción». Miguel no cede. Pienso que traicionaría a los humildes y a su conciencia al hacerlo. Elige la cárcel. Y el hambre de sus suyos. Y las ratas. «Hace varias noches que han dado las ratas en pasear por mi cuerpo mientras duermo. La otra noche desperté y tenía una al lado de mi boca. Esta mañana me ha sacado oír de la manga del jersey, y todos los días me quito botones tuyos de la cabeza».

Sonreir, sonreir

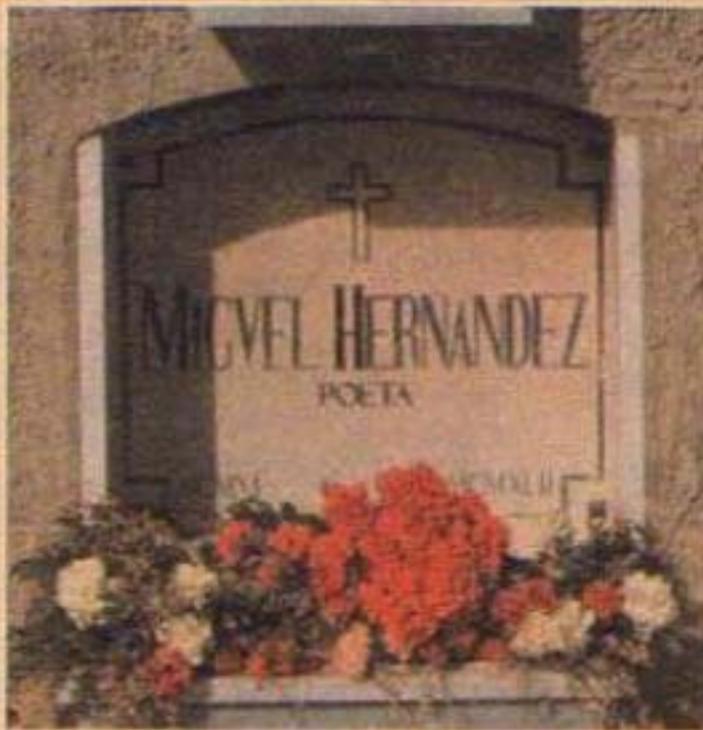
La enfermedad hará lo demás, arrinconándolo más aún de lo que hacen las rejas. Pero el poeta será aún más fuerte que todo. Y en medio de este vértigo escribe uno de sus libros más puros y bellos: el *Géndidano y romancero de ausencias*.

En el fondo hay dolor, pero también parece habérsele multiplicado la ternura. Y esa asombrosa alegría que nunca le iba a abandonar:

Sonreir con la alegría tristeza del olivo;
esperar, no cansarse de esperar la alegría.
Sonriamos, dormimos la luz de cada día
en esta alegría y tristeza vanidad de ser vivo.

Y las dulces, las infinitamente dulces —y tristísimas— *Nanas de la cebolla*, que parecían querer recoger toda su pasión de hombría amante.

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se entamataba.



La tumba del poeta. Es la 1.039. Flores frescas, de hoy y de ayer, su oficio y su nombre. Y una cruz sobre el apellido.

Pero la tristeza al saber que su mujer y su hijo se estaban muriendo materialmente de hambre, no le impide pedir a su hijo que se irá, que espere, porque la risa hace libre:

Tu risa me hace libre,
me pone sano.
Soledades me quita
cárcel me arranca.
Socas que vuelan,
corazón que en sus labios
relampaguea.

Luego, ya solo la muerte.

Que no se pierda esta voz

«Que no se pierda esta voz, este acento, este joven aliento de España», dijo Juan Ramón Jiménez al conocer los primeros poemas de Miguel. Hoy hay que repetirlo. Porque es un deber de todos, es un deber de España.

Neruda lo recordó en una memorable carta: Recordar a Miguel Hernández que desapareció en la oscuridad y recordarlo a plena luz, es un deber de España, un deber de amor. Pocos poetas tan generosos y tan luminosos como el muchachón de Orihuela, cuya estatura se levantara algún día entre los azahares de su dormida tierra. ¡Y éste fue el hombre que aquel momento de España destinó a la sombra! ¡Nos todo ahora sacrifio de su cárcel mortal, iluminario con su valentía y su martirio, enseñarle como ejemplo de corazón punzante! Darle la luz a golpes de recuerdo.

Su limpio corazón —que solo amaba la justicia y odiaba la opresión— puede ser compartido por todos los que aman lo que él amaba. Y ésta podría ser su hora.

El día después de su muerte un oficial de prisiones dio a Josefina Manresa la pobre lista de las pobres cosas que Miguel había dejado:

Un mono. Dos camisetas. Un jersey. Una camisa. Unos calcetines. Dos fundas de almohada. Una correa. Una toalla. Una servilleta. Dos perfumes. Un par de calcetines. Una manta. Una cacerola. Un bolso.

Afortunadamente, además de esta hermosa pobrezza, Miguel nos dejó a todos mucho más: un rayo que no cesa, una poesía que, como la zarza ardiente, arde y arde sin consumirse.

Tras las huellas del poeta

● Desde su tumba en Alicante —un nicho a ras del suelo, el número 1.099—, hasta su casa natal en Orihuela, pasando por su hermana Encarnación, la panadera, y la puerta cerrada, en Elche, de Josefina Manresa, su esposa.

Enviados especiales:

Texto: Tico Medina
Fotos: Ángel Carchenilla

FUE hace años. Estaba vivo Neruda, y yo fui a llevárselo un pujado de alegría, y una botella de aguardiente español hasta la embajada en París, del gobierno de Allende. La verdad es que hablamos de muchas cosas. De alguna forma, Neruda, Pablo, se moría a chorros y acariciaba la mano de su esposa. Y allí hablando de Machado, de Federico y de Miguel, de los tres poetas muertos, y tan vivos, Pablo, que conocí, personalmente, intimamente a los tres, me dijo:

—Si ve usted a Josefina Manresa, la esposa de Miguel, cuando venga a Levante, hágale de mí, y entenderá cómo Miguel era como mi hijo. Por mucho tiempo mi casa de Madrid fue su casa, y a ella venía cada día y cada noche. Yo asistí, al «deslumbramiento» de Miguel porque era un chico campesino, muy campesino, que abrió los ojos muy cerca de mí al mundo, a la vida civil; al espectáculo de la conciencia que se desarrolló en él. Hasta entonces solamente era un aprendiz de la poesía. Mejor dicho, un genial aprendiz de la poesía. Pero con su transformación moral, él se desarrolló ante mi vista como un gran árbol que tomara cada vez más posesión de toda su facultad, de toda su posibilidad. Miguel Hernández fue uno de los fenómenos poéticos más extraordinarios que me ha tocado conocer y ver... Así que si ve a su viuda, digale de mi para tanto como la quiero... y con eso ya es bastante, que en eso está enterrado todo.

Aquella Josefina...

Porque Miguel está vivo, no hay más que verlo. Lástima que no haya podido decirle, solo de Neruda de hace años, a Josefina

Manresa, en su casa con los viejos echados de la calle Reina Victoria de Elche, justo en las ventanas que hacen esquina, Josefina, a la que yo fui a ver, hace más de diez años, cuando tan difícil era escribir de Miguel, para llamar a su puerta y preguntarle algunas cosas. Aquella mujer de los ojos encendidos, el cabello ya blanco, que cosa entonces ropa para los demás, aquella que escuchó en silencio mi pregunta:

—Perdón, señora: ¿es usted la viuda de Miguel Hernández?

Para decirme, como en un grito, aquello otro:

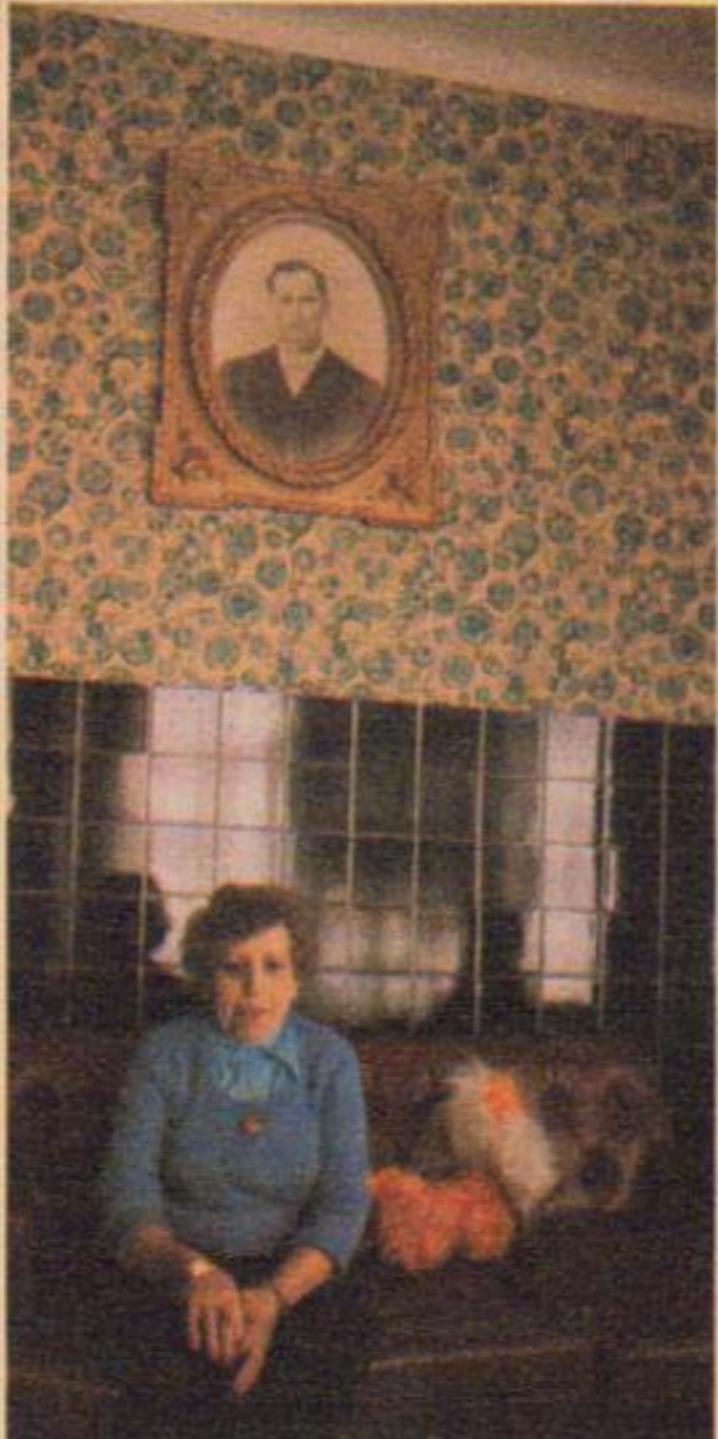
—No. Yo soy la mujer de Miguel de Hernández.

Aquella Josefina —ta mueres de casta y de sencillez— a la que yo conocí y traté por un par de veces, y con la que hablamos y callamos tantas cosas, en los largos minutos de la conversación y el recuerdo.

Fue el 28 de marzo de 1942

Pero hemos querido llegar hasta Miguel, cuando se celebra, si «se celebra» es la palabra exacta, la fecha de su muerte. El aniversario, los treinta y cinco años de aquel día en que murió un 28 de marzo. Venía ya herido de muerte, de una de las nueve caídas por las que había cruzado como un rescate, llenándolo toda de vida y de amor. Tras el titus desde el año 41, desde el invierno. Tosis mucho. Cuentan que no se ha desfustado del todo, que antes de morir había escrito en la pared con el último chorro de vida que le quedaba:

—Avisad a mis amigos que no volveré a ver más ni las flores ni los trigos.



Encarnación, la hermana del poeta. Tiene una panadería. Y la hemos retratado al pie de la foto de su padre, en su casa de Orihuela.

Parece ser que no es cierto, pero pudo hacerlo. Murió físicamente en la cárcel.

Sus amigos los poetas, algunos poetas, intentaron hacer algo por él. No fue posible. En su momento él quiso volver a su tierra de origen, a Orihuela, que ahora está coronada de Miguel, en los barrios más altos y más pobres...

—No vuelves, no vuelves...

En el reñidero encontraron los poetas la muerte; es terrible. Pero así es la historia. Miguel habría de morir y habrían de enterrarlo, al día siguiente, domingo de Ramos, en el nicho 1.099 del Cementerio de Nuestra Señora del Remedio, en Alicante.

"Póngame dos docenas"

Donde yo he vuelto varias veces. Una, hace cinco años, también por ahí, donde entonces recé lo que sabía, y pasé una mano temblante por la superficie de frío mármol, «de la puerta que lo cierra». Entonces no había flores frescas. Si asco, aquella espiga, nacida así misma, bordeando sus pies, o su cabeza, que yo aplasté en un libro de Miguel, justo entre el verso «El rayo que no casa».

Ahora he vuelto de nuevo. A la puerta del camposanto las mu-



El padre del poeta.

jenes venden flores para los muertos. Ya no hay gracias a Dios, que a secundas, sin que quizás te pidan el carna cuando lo cedían hace años. Uno va con la cabeza levantada hasta Miguel, en aquel fondo puro al sol, donde se pude. Su cuerpo que no su alma, que está más fresca y viva que jamás estuviera ser humano.

—Y cuántos claveles se ponen, señor?

—Dos docenas.

—De qué color los quiere usted: rojos, blancos, amarillos?

—Dímelos rojos.

—Docena de rojos y docena de blancos?

—No, dos docenas de claveles rojos.

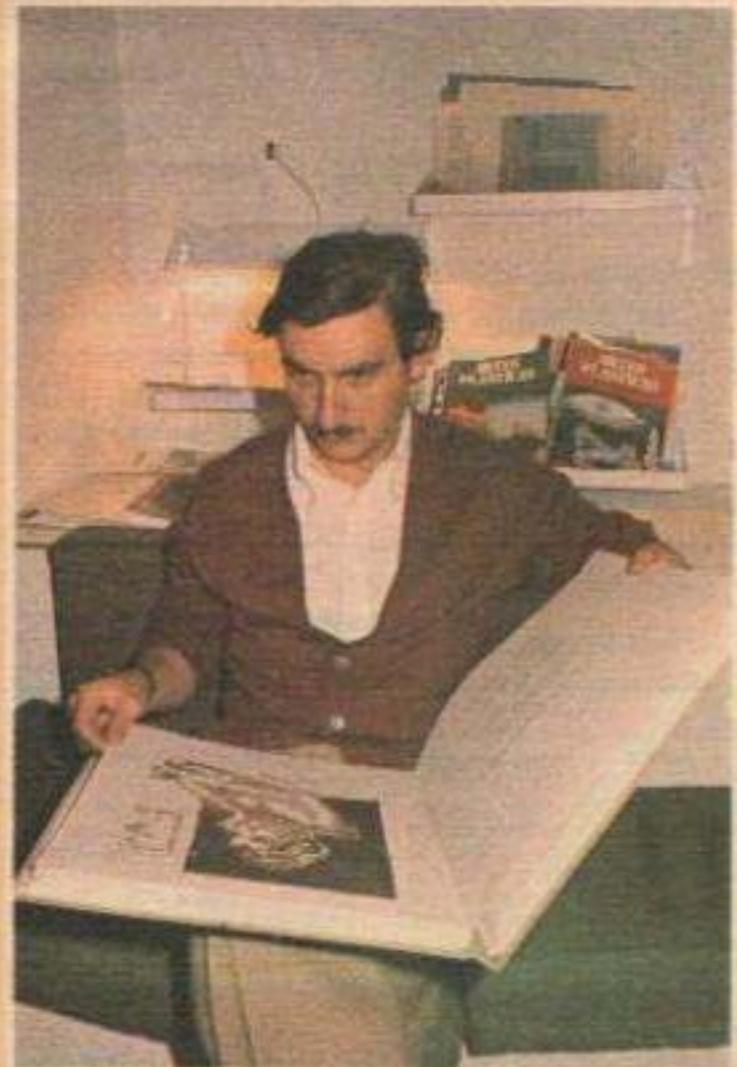
Como la sangre. Como la herida. Caminamos los padres. Vienen con nosotros Juan Bautista Sánchez, que ha publicado la obra más hermosa que sobre el poeta se haya escrito últimamente. En la colección «El Arca», la Galería Zero ha sacado a la luz 50 ejemplares —nada más y nada menos— que son ya como innumerables. 50 solamente de 11 poemas de Miguel, con la interpretación a los mimos de 11 pintores: Aurelio, Argüelles, Pedro Gano, Andrés Gómez, Hernán Sáez, Medina Bárden, Molina

Sánchez, Muñoz Barberán, Parraga, Serna, Trenado y una fotografía de Esteban de la Poz.

Número 2268121

Fue en Murcia donde se publicó esta joya por primera vez y hace un año. Murcia, en la que de alguna forma el poeta se mantiene, aunque nadie en las tierras de Orihuela, dentro de las lindes de Alicante. Y tú yo, servidor, me engulleron de haber sido aquél que presentara la obra tan cerca del prólogo, de Jiménez Catón, en el que se incluyó el retrato falso, más hermoso y completo del poeta que nos sta y hoy celebramos:

—En su certilla militar la número 2268121 lo que sigue viene en apariencia más neutral y objetivo. Miguel Hernández Gilabert, hijo de Miguel y de Concepción, que nació en Orihuela, partido judicial de Idem, provincia de Alicante, su religión, católica; estado soltero; profesión u oficio, pastor; señas especiales: frente ancha y plana. Pelo castaño; ojos grandes y pardos. Boca regular; labios gruesos, y barbillas pequeña y punteada.



Juan Bautista Sánchez.

Estatura: un metro 692 milímetros. Y perímetro torácico: 87 centímetros.

Tantas cosas de Miguel que están buscando, y encontrando. Tantas cosas... Tanta gente diciendo:

—Porque yo lo conocí, porque yo estuve con él, porque yo le llevé a Rimbombos el día que se murió, porque yo era su amigo...

Entre las flores, estos claveles tristes que yo llevo, la cruz grabada sobre el mármol, y las hojas que habla, que son naturales, a ras del suelo, algunas han dejado un papel escrito, a mano, con una palabra segura y emocionada a la vez. Un papel, que es un soberbio documento humano, en el que dice:

—Miguel, quién pudiera regresarte y desamordazarte! Desde América, poeta de mi juventud, vengo a saludarte, sin importarme posturas ni ideales, porque yo te amo como poeta, y te llevo allí donde la vida es más débil. Hasta siempre, pastor de almas. Alicia.

Viernes Santo, 1976...

El escalofrío, la nota que habrá leído Miguel, treinta y cuatro años más tarde de su muerte, de su vida. Muerto ahí, enterrado entre un viejo de ochenta años y un niño, en dos

agueros distintos. Poeta indica solamente en el oficio que se indica en la tarjeta tira y derrubia, y además los números romanos: MCMLXI-CMLXII. El vuelo de la mariposa, que tanto hubiera dicho a Miro, por ejemplo, su pensamiento, las hormigas, que deben venir de sus canicas. En la calle de San Pascual, del cementerio alicantino.

En fin, una lápida doliente me quema la mejilla.

—Eh, vamos a Orihuela, donde el poeta nació.

30 de octubre de 1910

Conduce Salvador, y en el camino, machacamos el silencio. María de Gracia Iñaki ha escrito de aquí a Miguel que vino al mundo lo que sigue:

—Nació en Orihuela el 30 de octubre de 1910. Perteneció sus padres: Miguel Hernández Sánchez y Concepción Gilabert Giner. Sus hermanos: Vicente, Elvira y Encarnación.

Vamos a su casa, aquella en la que rompi a llorar por vez primera donde ya hay un retablo que dice su nombre. Quiero de-



Antes era la calle de Arriba. Aquí nació el poeta. Hoy la calle se llama como él. La fachada ha sido blanqueada.

cir la calle de Arriba ya se llama como Miguel. Y hace esquina. Cacarean las gallinas. Huelen a cabras fuertemente. ¿Es que Miguel apacientó cabras en las tierras del espanto? Hay una paloma posada en el alféizar de la ventana deslumbrada, a la que más de una vez, quizás, se asomaría el poeta. Las ligartijas toman el sol en las paredes. Huelen a ortiga. Venimos preguntando por la vieja higuera, a cuya sombra Miguel se sentaba con frecuencia. La mujer que vive en esta casa, y que ha pintado la pared de la calle de un claro crema y entremesa la puerta al que pregunta, bajo un cielo de pejatos, nos deja entrar por los corralsillos, donde están los conejos y los gallos. El número de esta calle es el 73, y al pie de las higueras, que aún no dan sombra porque marcea, aunque la primavera ha llegado tan pronto, hay un coche de niño roto y crece la hierba mala. La higuera es casi bíblica y da una sombra lenta y matinera. Cerca está la ermita donde San Vicente Ferrer predicó en el año de 1411, y todo está lleno de una paz de leyenda...

—Viene mucha gente, sabe usted, preguntando por el poeta?

—Mucha, ya le digo...

—De todo el mundo?

—De todo el mundo.

“El poeta que se dejó matar”

Juan Bautista Sanz me cuenta que cuando nació para el cine, aficionado y devoto, su película «La nana de la cobotta» preguntó a un zaga que bajaba por la calle, entre las cabras, justo tal día como hoy el año pasado:

—Oye, muchacho, ¿y tú sabes quién fue Miguel Hernández?

—Sí, —zéñor—. Un poeta que se dejó matar.

Juegan los niños en la calle cuando dejamos la casa. Subimos al barrio de San Isidro, donde, hace un año también, pintores de todo el país bajaron a llenar de grises y colores las casas, las ventanas, las paredes de la barriada.

Y ahí están vivos, frescos, los murales de doce meses, «porque quieren tenerlos los que dentro viven».

Y así está aquí Alcorco y Pepe Caballero y la enorme paloma blanca —atada, eso sí, a las patas, a cuya sombra, a la sombra de su ala, me retrató. Juegan los niños, tienden ropa limpia las mujeres y atraviesa el paisaje del Guernica; en esa pared reproducidos viejos y muchachas con un

trozo de pan blanco en la mano, pan y algo digo yo...

Un jubilado toca la flauta y a mí se me ilumina la boca diciendo a todo el que quiere saberlo:

—Mire usted. Yo no es la primera vez que vengo. Yo he venido antes, hace cinco, hace diez, hace quince años...

—Debemos acercarnos a visitar a Vicente, el hermano vivo del poeta.

Que tiene una tienda de cosméticos. Pero está enfermo, en la cama, y su esposa nos dice que no puede hablar porque tiene una dolencia en el labio. Es una pena. Vicente habla poco, pero es un hombre entero y solitario, mayor que Miguel, que a veces ha sido retratado. Bajo la fina lluvia caminamos entonces a la panadería de Encarnación, la hermana de Miguel, en la tienda de Eutasio, que es su marido. Le pregunto, arriba, en el salón, por su hermano. Y ella me dice:

—¿Y qué quiere usted que le diga de un hermano? Es como si a una madre se le preguntara por un hijo... ¿Por qué no va a preguntar a las vecinas de la calle de Arriba?

—De allí vengo.

—Lo que si sé es que era un hombre bueno, bueno entre los buenos.

—¿Y como poeta sabían ustedes que era un gran poeta?...

—¡Pues claro que sí, como no ibamos a saberlo!...

Pocas sencillas palabras, las justas. Me muestra la fotografía de un hijo suyo que está en Mahón y que ya escribe: «Algo la pone en los ojos a Miguel, mi hermano, y ya ha tenido más de un premio como poeta...». Y la foto del padre de Miguel, val que por cinco veces quisieron hacer alcalde de Orihuela, sin conseguirlo, aquél que llegó a ser jefe de pastores de una tierra de muchos pastores». El del rostro venerable, profundo, el chaleco, la cadena de bolsillo a bolsillo...

Perdiendo abajo, cuando ibamos a retratarla en el horne de pan, ha venido un hijo de Encarnación, un sobrino del poeta, muchacho rubio, joven, de ojos brillantes y mano segura. Y no ha querido que lo hagamos. Lo entiendo, lo respeto; pero yo, muchacho..., aquí te lo digo: escribía de Miguel cuando aún no sabías tú quién era el lejano tío que viene de la gloria y de la muerte... Porque cuando aún no sabías de él, más que el eco de un nombre casi divino y pronunciado en la intimidad de la casa familiar, yo llamaba a la puerta de tu tía Josefina para preguntarte largamente por Miguel y hablar

de él, con una hermosa, peligrosa, devoción incontrolada.

—¿Y dice usted que esto es para ABC? —me decía entonces la viuda del poeta, la mujer del poeta.

—Sí, sí, para ABC, señora.

"Ya murió el obispo Almarcha..."

Pero, muchacho, me ha gustado tu rabia y tu desplante y aquí deeo que lo sepas.

Bajo la lluvia también hemos buscado los viejos amigos inolvidables del poeta y el colegio donde estudió, de Santo Domingo; el alto monte, tan seco todavía, sobre un mar de palmeras —palmeras tan hermosas como las de Bagdad, tal vez más si ello es posible—, desde donde Miguel veía el futuro, sin saberlo. Hemos buscado al obispo Almarcha, que ya murió aquí aquel canonigo en León que quiso pagar de una forma directa la primera edición de «Perito en lunas»... En fin...

La cabeza de Buero

Recuerdo ahora, aquí sentado, en esta piedra, aquella cabeza del poeta que hicieron en la cárcel Buero Vallejo hace ya tantos años. La que tiene en una casa con los cuadros justos, como un alaño en la pared. Aquella formidable cabeza a plomo en las largas horas de la prisión compartida. Cuando yo le preguntaba a Buero, hace años, días antes de ir con un trac hasta la Academia —en el largo camino que va desde el Duero hasta el caserío de Felipe IV—,

—¿Y a quién le gustaría ver ese día entre los que estaremos allí? ¿A quién, sinceramente?

—Desde luego a Miguel; claro que sí, a Miguel Hernández.

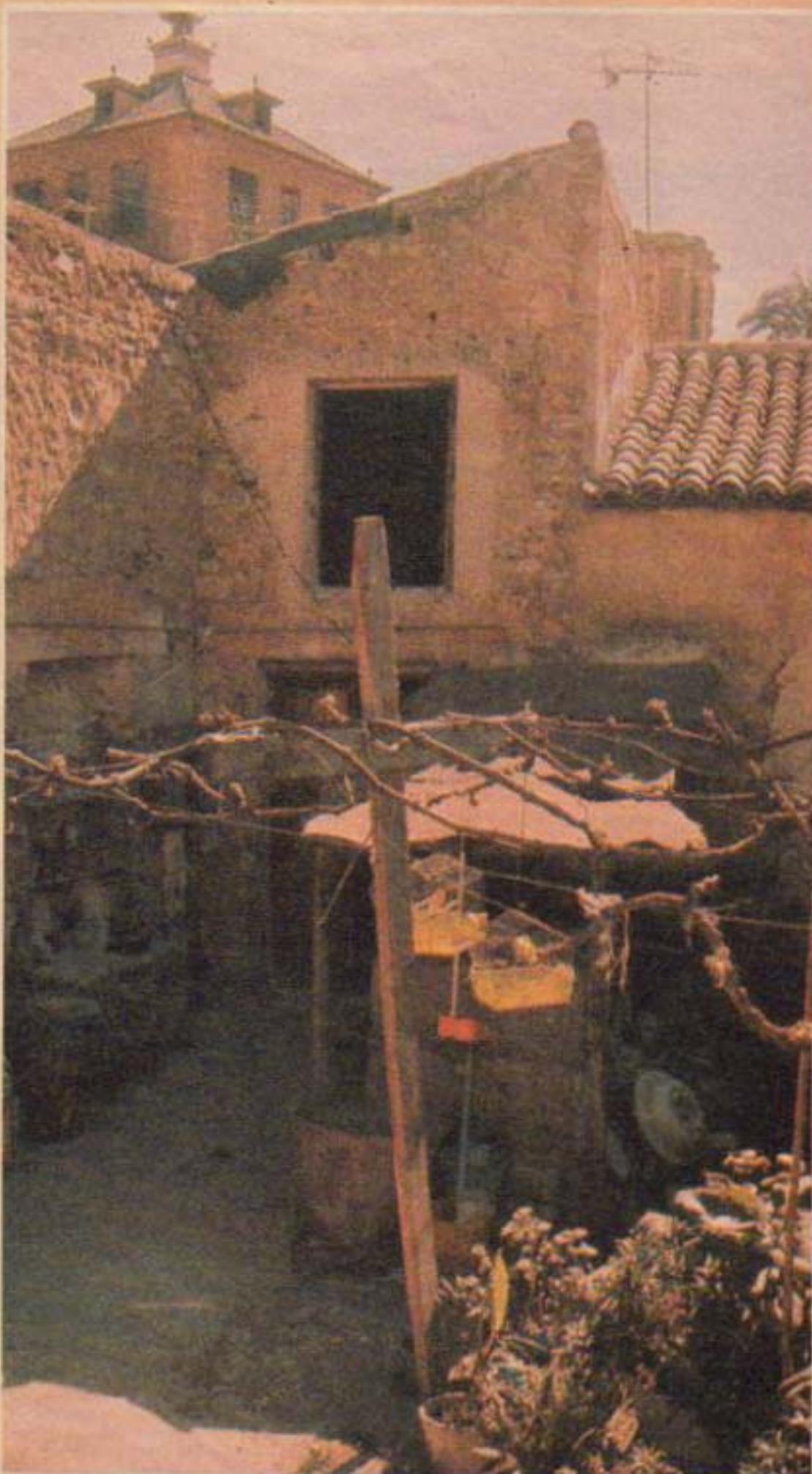
Todo este año de Miguel, porque éste es el ciclo, que va desde su vida hasta su muerte. Josefina Manresa no está en casa, pero recuerdo bien aquello que usted me dijo en la alta tarde de las persianas derribadas:

—Jamás podré escribir de Miguel porque Miguel está vivo todavía para mí.

Y para mí, señora. Y para tantos. De tal manera que ésta quiero que sea, con todo el dolor del mundo, una crónica de cumpleaños. Le diré algo. Una cosa que tiene el acento de los gitanos y el son de la gente del Bronx.

Señora, he pasado un mal rato muy bueno escribiendo este testimonio del dolor y de la vida...

Porque Miguel está más vivo que nunca. Más que nunca. Mucho más que cuando estaba vivo.



A esta ventana se asomaría Miguel Hernández, mirando a la sierra del espanto...

10 POETAS HABLAN DE MIGUEL HERNANDEZ

1 ¿Qué es para usted lo sustancial de la poesía de Miguel Hernández?

2 ¿Conserva algún recuerdo personal suyo o referido a él?

Hemos pedido a diez escritores españoles que nos hablasen de Miguel Hernández y de su poesía, que evocasen para nuestros lectores algunos de sus recuerdos. Hemos elegido para ello a aquellos poetas que, por unas u otras razones, han tenido contacto con su vida o con su obra: amigos suyos, biógrafos, antólogos... Y he aquí su concorde testimonio de apasionado recuerdo.

ENCUESTA DE PILAR TRENAS

JOAQUIN BENITO DE LUCAS: "Las tres heridas del amor, la muerte y la vida"

1 Quizá falta perspectiva para valorar en toda su grandeza trágica la poesía de Miguel Hernández. Lo que no falta, desde luego, es la opinión, prácticamente generalizada, de considerarle un excelente poeta. Ahora bien, toda la obra de Miguel Hernández puede no gustar con la misma intensidad.

A mí me interesa el poeta, muy particularmente, como cantor de tres temas que corren a lo largo de toda su obra: las tres heridas que decía él: la del amor, la de la muerte, la de la vida. Entiendo por esta última la herida de la justicia social y la libertad; herida tan profundamente abierta en su pecho que le llevó al presidio y a la muerte.

te. En este sentido, Miguel Hernández se nos muestra no solo como un ejemplo de poeta, sino también de hombre.

2 La única vinculación a nivel personal con la familia del poeta la tuve con su hijo Manuel Miguel. Durante algunas semanas nos vimos con frecuencia. Fue en la primavera de 1959, si no recuerdo mal. íbamos juntos a algunas tertulias y después pasábamos por Madrid. Me contó sus lobas hacia ciertos «amigos» de su padre. Y creo que no quiso enseñarme ningún poema de los que decía que tenía escritos. Guardo de él un recuerdo muy agradable.

CARMEN CONDE: "Un muchacho alegre, generoso y desinteresado"

1 Se encuentran en Miguel Hernández varios estados líricos: el influido, e inicial, por sus lecturas, aunque el lenguaje responde a la actualidad de la juventud del poeta dentro de lo formal clásico; el que conserva mucho de aquél primero, pero ya se va liberando del classicismo para dejarse entrada al torrente que destapó la influencia nerudiana; el que responde en forma y fondo a las vivencias de Miguel ante y entre la guerra civil y que (como en la inmortal Elegía a Sí) es documento de su auténtico ser íntimo y social, reacción de todas sus facultades junto a los hombres en lucha a los cuales se siente unido, tanto por las circunstancias geográfico-históricas, como por sí mismo íntegro; y, por último, la más suya propia, la que siendo consecuencia del mundo inmediato anterior responde a la digna aceptación de su fatal destino que, en razón del dolor que comporta, fluye con los versos más entrañables, desolados y conlevados con alma y cuerpo hasta su destrucción humana.

2 Es difícil extraer «un momento» solo de nuestra amistad, cuyo arranque se remontaba a un tiempo que, al comienzo, se convulsionaba, aún temblaba y mantenía bastante estabilidad espiritual para la creación poética.

«Verde», sin embargo, a Miguel en sus visitas a nuestra Universidad Popular, fundada en Cartagena por Antonio Oliver Beltrán, diciendo sus poemas anteriores a «Perito en lunas», y



luego de este libro, a los muchachos con quienes convivió largas horas; dándonos una gran conferencia sobre un poeta clásico que admiraba; acompañándonos a una de nuestras misiónes pedagógicas a Cádiz de Pasos y retratándose con los alumnos de aquel centro cultural; recorriendo con Antonio y conmigo el luminoso campo cartaginero y tomándose fotografías con nosotros ante el molino de velas del Tío Poli, rodeados por las cabras...

Siempre un Miguel muchacho alegre, de convivencia fácil y sencilla, fluido de cordial expresión, generoso y desinteresado en sus impulsos. Amigo fiel y leal, hombre que, llegado el momento de cambiar su cárcel por la caudicación, aceptó la muerte, dejándose con sus gritos, sobrecogedores versos, el inmenso dolor de la impotencia para devolverle la libertad que hubiera sido su vida.

MARIA DE GRACIA IFACH: "Su obra hace sufrir"

1 Definir la poesía de Miguel Hernández en unas líneas es más que imposible. Cualquier calificativo abarcador —fabulosa, extraordinaria...— no significaría nada para lo que es en verdad. Cómica le iría bien, pero tampoco basta. Toda su obra, en sus distintos estadios, sobrecoge y hace sufrir. Evidente es su anticipo de la poesía social como evidente es la escuela que formaron sus sonetos de amor y

muerte, sus romances revolucionarios, sus canciones de cárcel... Poesía de barro y sangre, hecha a golpes de corazón y de conciencia que vibra y palpita, suscitando en la juventud un entusiasmo hasta ahora desconocido y cuyo fuego nadie ni nada podrá apagar nunca.

2 La conocí en Valencia, en plena guerra civil. Vestía de militante de Cultura.

De expresión decidida y ademánes resueltos entonces, seguro de sí misma, miraba de frenesí, a los ojos, con los suyos enormes de un verde claro. Nos presentó la poeta Concha Zardoya y no se me puede borrar aquel primer encuentro, quedándome viva su manera de estrecharme la mano entre las suyas, «grandes y toscas», pero cuyo contacto me enorgulleció sentir.

VICTORIANO CREMER: "Compañero del alma, compañero"



1 En un tiempo de manipulaciones, de deserciones, de miedos concentrados, de aprovechados signos, de cabriolas y de juegos de circo; cuando saliendo de los oscuros rincones en los que habían permanecido agazapadas, deslumbradas, incapaces de reacción, aparecieron las hedas madrinas, cubiertas de mirtos, con halos resplandecientes sobre las cabezas cuidadas y una sonrisa del color de la miel, diciendo: «Oh poetas, no malgastéis vuestros versos en el nombre, porque no hay más perecedero. Volved la mirada hacia la belleza de las formas, hacia la alegría clara brotada de un sentimiento agraciado de la vida; ved que todo lo demás es miserabilismo, tremedismo, socialismo, y, por tanto, acarreo de impurezas que manchan, que deforman, que corrompen la auténtica poesía. Volved, oh poetas, a las dulces niñas, o si lo preferís, a los graciosos encajes, al atenuado cultivo del humor inteligente, alejados del sudor y la sangre...». Y los poetas, dóciles como mansos corderitos e ingenuos como monjas bobas, abandonaron los

sueños dejados marcados en mi ánimo entre los dedos. Eran las manos de un hombre bueno que había limpiado el establo de sus cabras muchas veces y cavado la tierra de su huerto. Las mismas que, regadas por una sangre de poeta atípico, escribían hermosos versos y sabían estrechar las de sus amigos con cálida afusión. Y yo tuve ese privilegio que jamás olvidaré.

ANTONIO BUERO VALLEJO: "Un caso único de calidad humana"

1 Son numerosos los grandes poetas que reúnen diáfano la belleza de las letras españolas. Pero cada lector tiene, entre ellos, sus predilectos: los que siempre se releen, aquellos de los que más fragmentos quedan en la memoria; los que se sienten tan cercanos que, si se llega a la ancianidad, siguen regalando su viva compañía por encima de modas y corrientes. Entre los ocho o diez a los que yo siempre vuelvo está Miguel Hernández.

2 Creo haberlo contado alguna vez, pero es un incidente que, a mi juicio, entraña excepcional significado. En diciembre de 1939 hay gran escasez y, si en la calle se come mal, calcúlate lo que sería el rancho de los cárceles. Miguel llega a la prisión de Conde de Torino, donde yo me encontraba. Un compañero de mi expediente y yo compartimos las pocas viandas que el sacrificio de los familiares hace llegar de cuando en cuando. Resulta evidente la deplorable desvalidez en que Miguel se halla. De acuerdo con mi compañero, le pido que comparta con nosotros lo que reci-

bimos y Miguel lo acepta con espontaneidad.

A la hora de remediarlo le invito a sentarse a nuestro lado, pero comete una terrible torpeza: decide, sonriente, que se trata de repartir la miseria. No pensé en el efecto que esas palabras podían causarle, pues estaba muy claro para todos que otra cosa no se podía repartir. Tal vez él ha supuesto ingenuamente que mi amigo y yo recibímos comida bastante y su reacción es inmediata después de mis desafortunadas palabras: renuncia a nuestra oferta. Le insto, me enfado, casi forcejeo con él. Es inútil. Vuelve a su petate, a sorberse el cazo que le corresponde. Le ruego que nos permita, por lo menos, darte más adelante y de tarde en tarde, algunas cosillas. Accede, quizás por no disgustarme, y al poco de los días logramos que admita, con cierta frecuencia, modestos bocados. Los acepta, asimismo de otros compañeros. Pero cuando le insto de nuevo a que coma con nosotros todos los días, permanece inmóvil.

Acaso el lector no advierte todo el alcance de lo que acabo de relatar. En situaciones de

LEOPOLDO DE LUIS: "Su poesía brotó del deslumbramiento"

1 La poesía de Miguel Hernández procede como por deslumbramientos. Deslumbrado por la metáfora gongorina, creó la gracia barroca de *Pesadillo en lunas*. Deslumbrado por los conceptos de Calderón, creó el auto sacramental. Deslumbrado por Garcilaso y Quevedo, nace *El rayo que no cesa*. Deslumbrado por el surrealismo, escribe un importante grupo de poemas como *-Vecino de la muerte*, *-Sino sangriento* o las odas a Neruda y Alejandro. Deslumbrado por el heroísmo popular, surge *Viento del pueblo*. A todos estos deslumbramientos les insufla su ecento personal, su manera de sentir la Naturaleza, su apasionado entusiasmo, poniendo siempre de la realidad circundante. Ya cerca de los treinta años, el poeta se da de manos a boca con la decepción: el

odio, como oponente del amor, el dolor impuesto, la violencia.



JACINTO LOPEZ GORGE: "Una pasión y un idealismo nobilísimo"

1 Miguel Hernández es, para mi gusto personal, uno de los tres poetas españoles más importantes del siglo XX. La fuerza arrasadora de su verso, el impacto y la magia de su palabra poética, su maestría y perfección inigualables en el manejo de las formas clásicas, me mueven a considerarlo y calificarlo así. Me mueven y commueven, porque todo eso arrasara una pasión y un idealismo nobilísimos: la gran pasión amorosa de Miguel Hernández —sin duda, el más alto posta del amor de nuestro siglo— y el humanísimo idealismo de su lucha por la redención del pueblo desheredado y humillado de donde Miguel surgió.

2 No tuve la fortuna de llegar a conocer al gran Miguel poesano mío, hoy poeta universal. Era yo doméstico de niño cuando Hernández mu-



El hombre afea al hombre. Y aparece una poesía herida y herida, llena de amargura y de desencanto, pero hermosa y humanísima, que, a pesar de todo, no pierde la fe en el hombre y en la libertad. El Cancionero y romancero de ausencias emerge como una joya de la poesía amorosa de todos los tiempos. La obra de Miguel Hernández es una de las más entrañables, humanas y sinceras de la poesía española.

2 Conservo un recuerdo personal que revela el hondo sentido de la amistad que tenía Miguel. En el verano de 1937 acudí a mí para que, entre ambos, gestionásemos el expediente de inutilidades para Justino Martín Gutiérrez, el hermano de «Ramón Sijé» —el amigo muerto, el de la famosa elegía—, muchacho enfermizo. Miguel lo protegía como a un hermano menor, y procuraba librario de los sufrimientos del frente. Hablaba de él con un afecto entrañable. El chico, de salud precaria, no tardó muchos años en morir, aunque sobrevivió a Miguel. Todavía llegó a publicar, firmando con el nombre de «Gabriel Sijé».

ANDRÉS SOREL: "Es imposible separar su vida y su obra"

1 El amor, la muerte. La presencia constante del pueblo en los simblos —del huerto a la escoba, del perejil o limonero al sudor campesino—, en el compromiso —aquí es imposible separar vida y obra, aquí el manido es tan perfecto que el viento hernandiano es el mismo viento de la libertad que el pueblo busca desde siempre y hasta siempre—. Y herencia de nuestros clásicos, y sabor a tierra y a hombre. Un reflejo lo colectivo en la propia tragedia o esperanza individual. Avanzando el verso —herencia de manantiales y guitarras por sus manos comprendidas— hacia la culminación de ese «Cancionero y romancero de ausencias», sintesis para mí de la poesía de Miguel Hernández, y muestra de cómo un hombre supera el túnel y el desgarro del dolor —en la ausencia de libertad, en la ausencia de los seres amados— con la belleza de una inconcebible entrega poética.

2 Cuando Miguel moría, yo apenas comenzaba a respirar. Tardé muchos años en descubrir su existencia. Era consecuencia de nuestra astia cultural. El verano pasado hablé con Josefina largamente. En el sufrimiento de esa mujer buscó las huellas del desaparecido. A Josefina no le gusta se remuevan las cenizas del pasado. Sus relaciones, solo a ellos pertenecen, en su recuerdo viven. En cambio, la ausencia de Miguel de nuestro conocimiento —hasta 1950 no se publicó en España un libro, el más aséptico, de él— (aún hoy es desconocido por la mayor parte del pueblo español). Si es una realidad a combatir, a desenterrar de nuestra práctica cultural. No busquemos, pues, anécdotas. Profundicemos el conocimiento y la extensión de quien escribió: «El pueblo espera a los poetas con las orejas y el alma tendidos al pie de cada siglo».

RAMÓN DE GARCIASOL: "Un excepcional poeta al que no dejaron madurar del todo"

1 Es una auténtica voz del pueblo español —y por ello de todos los pueblos del mundo—, no sólo viendo qué pasa y convive un momento. Por eso es dolorida y arraigada, sin demagogias ni oportunismos señoriles adulterados con retóricas trampas. Por su verdad —y por su hermosura, para no quedarse en aranga y circunstancia—, es la respetable incluso para los que lo negaron tantas veces y no tienen memoria: los augures «de los sambientes del privado», aspirantes a privatizarla ahora y a repetir la cobardía mañana. Miguel es un excepcional poeta al que no dejaron madurar del todo, salvado por genialidad. Después del inicial destumbramiento vital de «El rayo que no cesa» no luvo sosiego —humor negro, si— hasta llegar a la cárcel a morir, a que se le revelasen en carne y conciencia las infelicitas iniciativas con que le dasazonó la pobreza y las limitaciones de una sociedad brutal que no te merecía. Cómo era pueblito cantó desde dentro, no a un objeto estético más, sino a su sangre y a su afán de perfección y la libertad por la cultura, discriminación más cruel que la económica, con serio tanto. Supo con Quevedo que «pueblo imbécil, seguridad del tirano». Y por esa liberación mental lució como hombre y como poeta.



Y su muerte da testimonio de su honestidad. Y la perduración de su poesía de su altísima voz que no cesa ni cesará mientras alguien entienda castellano.

2 Estuve los últimos meses de la guerra con Miguel y corrí las pruebas finales de «El hombre afea». El inolvidable poeta y amigo me lo pidió porque tuve que salir al frente de Extremadura si no me querían. Era en las boqueadas de la guerra. Se tiró en los talleres de la Imprenta Moderna —jefes de Avellanet—, de tanta solera y craca tipográfica. Allí se imprimieron libros y revistas que hoy son tesoros bibliográficos. La portada era del gran Eduardo Vicente, otro de nuestros compañeros. La edición estuvo lista —a falta de cubrir—

y se quedó en tama. Tengo noticia —no comprobada— de que debían de quedar algunos ejemplares. ¿Quién o quiénes los indultaron de la pena de destrucción que se ejecutó con los restantes? ¿Era ésta peligrosa un humilde libro de versos?

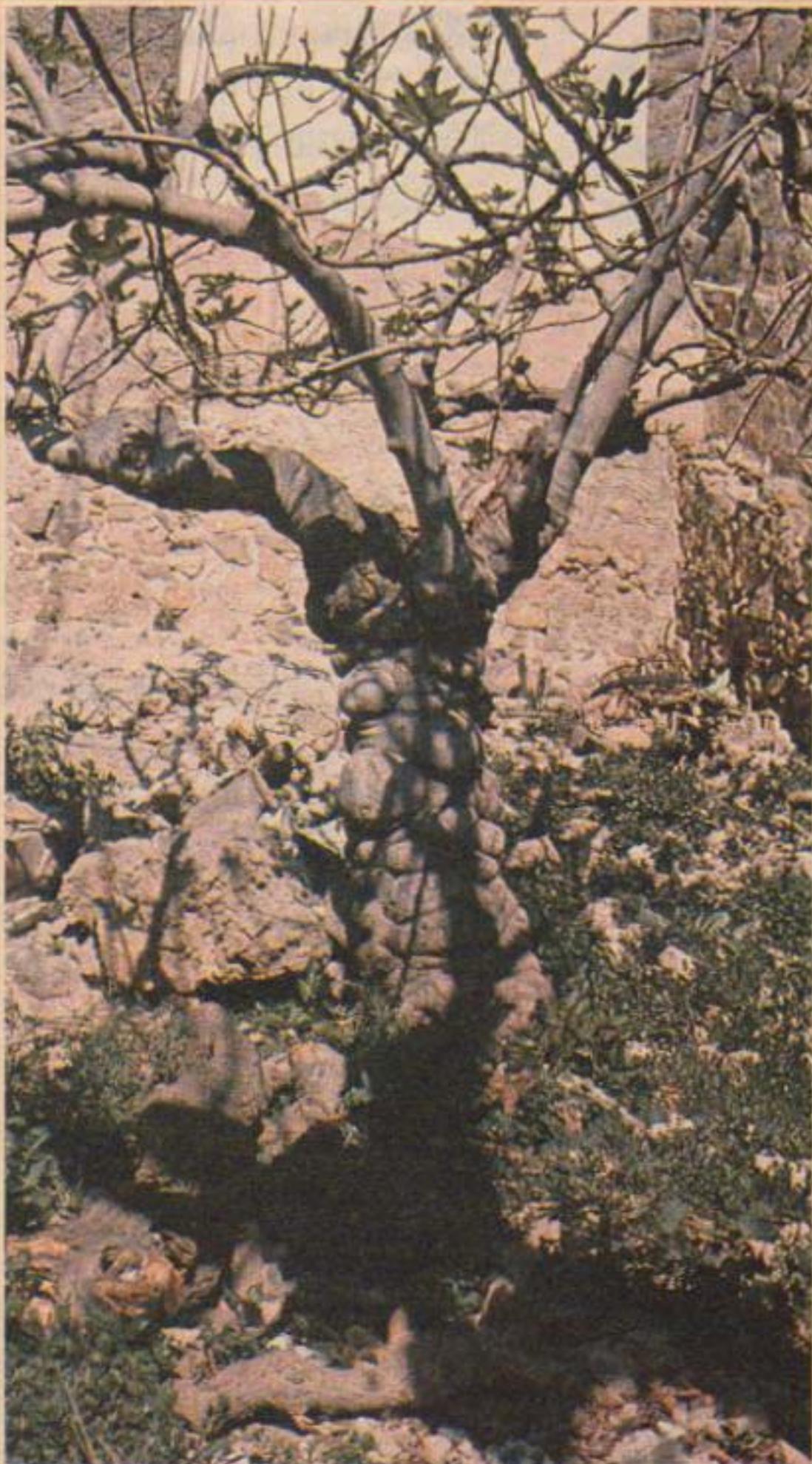
ENRIQUE AZCOAGA: "Lo que más me interesa es su persona"

I Desde que Miguel Hernández publicó «El rayo que no cesa» lo cogí una tremenda afición a la poesía que transparenta totalmente a una persona. He ido comenzando ya a preocuparme por el problema con Unamuno, con Juan Ramón, con Machado, y siempre tuve la idea de que un majadero o un fantasma humano no eran principios recomendables para la creación poética singular.

Con frecuencia me pregunto y me pregunto: ¿cómo hay tanto tonto capaz de hacer media docena de libros, susceptibles de promover incluso una tesis universitaria? Aunque todas las personas no me parezcan capaces de convertirse en poetas excelentes, no entiendo nunca a un poeta que fundamentalmente no sea una persona, y de ahí quizás que cuando conocí a quien tanto supuso en mi vida, como ha dejado escrito en mi «Lealtad a Miguel Hernández», incluido en mi libro «Olimada», me sintiese vinculado a algo más que a su forma de cantar.

De un poema de Miguel responde un hombre: cosa que, como cualquier cosa, no ocurre todos los días. La voz hernandiana, aparte su entidad y su gracia, está nutrita para mí de dos cosas muy importantes —con otras— en poesía: un amor profundo al pueblo a que se pertenece y un afán enaltecedor. La persona, en vez de acredecirse con una personalidad debida a la técnica, se agiganta en el verso, a base de equilibrar su raíz y vuelo. El hombre, en vez de utilizar cualquier estrofa como resonador de algo incierto, desemboca en el poema como en la piel única que necesita para algo tan importante como ser.

Miguel Hernández, para mí, no resulta nunca el autor de unos versos granados al máximo, espléndidos, sino algo así como un hermano que se desarrolla con la mayor, con la más digna de las claridades. Porque su persona, su dignidad humana, su acción, convirtió sus versos en algo que tampoco suele ser demasiado frecuente: en activa semilla poética.



Esta es la higuera, mitica, casi bíblica ya, de la que tanto escribió el poeta. Los brotes verdes en el viejo tronco.